

# Cruz y Espada

Publicación Semanal

Redacción y Administración:  
Barsola, 1.

Suscripción 0'15 ptas. al mes  
Núm. suelto 0'05 ptas.

## Páginas selectas

Por ser de extraordinaria actualidad en esta época cercana á Carnavales, en la que menudean los bailes, y haberse celebrado recientemente uno suntuosísimo, reproducimos á continuación el magnífico artículo que sobre tan delicada materia escribió el preclaro ingenio español D. José María de Pereda ya desaparecido del mundo para luto de las letras patrias.

### FISIOLOGIA DEL BAILE

«El baile es un círculo cuyo centro es el diablo.»

Esto lo dijo un teólogo que no era rana.

Mas para los moralistas de ogaño esta definición no es admisible, porque, prescindiendo de que el tiempo de los sábados y de las metamorfosis ha pasado, el círculo no es la figura simbólica de nuestros bailes. Demasiado saben ustedes que cada pareja se va por donde se le antoja, pierde el compás cuando le acomoda y vuelve cuando le da la gana: luego si no hay círculo, no hay centro; *ergo* si no hay centro, mal puede el diablo hallarse en él.

Sin embargo, la opinión del teólogo tiene su fundamento. «Las mujeres son el mismo diablo», se dice vulgarmente; y admitiendo la denominación de *círculo* que suele darse á las reuniones danzantes, y

teniendo en cuenta que «el bello sexo» es el núcleo ó centro de estas reuniones, «el baile es un círculo cuyo centro es la mujer».

Sustituyendo ahora en lugar de este término su equivalente «el mismo diablo», viene á quedar probada la exactitud de la máxima del teólogo.

Pero de este modo se infiere un gravísimo cargo á las mujeres; pues no es lo mismo decir que «son el diablo», que «el diablo es la mujer»; y apelo en testimonio á la gramática.

Buscando un término medio á estas combinaciones diabólicas, he llegado yo á creer que el teólogo citó al diablo para dar alguna forma decente á las tentaciones.

Por lo que hace á éstas, los mismos que no creen en brujas y se rien del diablo, no se atreverán á negar que tienen en el baile la mejor parte.—Yo las he visto, y no soy escrupuloso ni aprensivo.

Pero sean las tentaciones ó el diablo el centro abominable del baile, según el consabido teólogo, conste que he querido comprobar su máxima para que no se me diga que la acepto por sistema; porque yo la acepto... *Ergo*, detesto el baile.

Y ya que la solté, voy á justificar á mis propios ojos esta opinión, que á los de la flamante *filosofía* no pasa de ser una ridícula debilidad.



«—La mujer baila como toca el piano, hace *puntillas* ó va de *tiendas*».

Tal es la opinión general, aún entre los padres más *celosos* y los maridos más avisados.

Yo opinaría como ellos, si la mujer bailara sola, ó con otra mujer y ante un círculo de mujeres, entonces, á todo tirar, podría el más malicioso atribuirle un poquillo de afán por lucir su garbo, su ligereza ó sus formas; pero la mujer no baila sola ni con otra mujer, sino con un hombre y ante un concurso de hombres.

Si la mujer bailara sólo por el gusto de dar brincos, no sería el baile su placer favorito: tendría igual afición que á él á jugar al marro, ó á la pelota ó á saltar la cuerda; placeres que, en cuanto á ejercicio muscular, nada tienen que pedir á ningún otro; y no sucede así.

La historia de la mujer civilizada dice bien claro que solo se descompone en público, sólo marchita sin duelo sus adornos, y solo es insensible á la acción de la intemperie y de los pisotones y porrazos en el baile... pero en brazos de un hombre (*conditio sine qua non*).

De lo cual deducirá cualquiera que una mujer, en teniendo un hombre con quien bailar, ha colmado sus ambiciones en el baile; es decir, que solo se ocupa entonces, en especie y materia, en dar vueltas por el salón.

Pues no, señor; si así fuera, las simpatías de una mujer en un baile estarían en favor del hombre más ligero y mejor bailarín, pero allí, como siempre y en todas partes, le es más simpático el que es más hermoso y más travieso.

Reparad cada vez que calla la orquesta y las mujeres se retiran á las orillas del salón en torpe desorden, como la espuma á la playa cuando va cesando la tormenta. Oíd lo que dicen á sus amigas cuando se han sentado á su lado; y desafío al más sagaz á que me cite una muchacha que, al sentarse á descansar, se dé por satisfecha si sale de los brazos de un hombre vulgar

y adocenado, que más por en el baile sea una peonza, y la prudencia misma en su comportamiento.

De lo que se deduce que la mujer, para bailar, no solamente necesita un hombre que la estreche, quiero decir, que la acompañe, sino también que este hombre sea *intencionado*, travieso y de estampa más que regular, importando muy poco que baile como una avutarda.

Explanemos una idea que apunté más atrás.

La mujer, ordinariamente, es meticulosa y pulcra: la vista de una araña la hace temblar; al contacto de un hombre en un paseo se ruboriza; la menor humedad la obliga á caminar de puntillas; el humo de un cigarro la hace estornudar, y en un carruaje público se marea.

Puesta esta misma mujer en un baile campestre, aguanta el relente de la noche sin constiparse; gira como una peonza en brazos de un hombre horas enteras, y no se marea; sufre un pisotón, que le aplasta un par de dedos, y no se queja; encuéntrase en su rápida marcha con una docena de parejas, crujen hasta sus pulmones con la violencia del choque, y no se da por entendida del suceso; rozan su terso cutis las patillas de su adjunto, y no se ruboriza; respira casi en la boca de éste su aliento tabacoso, y no estornudá; rómpe se el leve zapato entre los chinarrros del salón, y su pié delicado no da senales de sentir la aspereza del suelo; cae, en fin, un chaparrón de Agosto, y si no le dicen «párate», sigue bailando con el agua á las rodillas.

¿Qué significa todo esto? ¿Que la mujer tiene dos naturalezas, una débil para la vida ordinaria, y otra insensible é impermeable para los salones de baile? Esto es imposible. ¿Que son estudiados artificios siempre en ella el rubor y la sensibilidad? No quiero creerlo, aunque adividos autores lo aseguren. ¿Que hay en el baile alguna cosa que la preocupa tanto que la hace superior á sus propias de-



*bilidades?* No hay más remedio que creerlo.

Y ¿cuál es esta cosa? *Hæc est quæstio.*

¿Qué pensamiento será capaz de dominar á una mujer hasta el extremo de que no se duela al contemplar desgarrado su vestido, desgredada su cabellera, sudosa su piel, desencajadas sus facciones, ni se caiga desmayada viéndose abrazar y resobar por un hombre, ante un público numerosísimo, bullanguero y bromista?

Respóndame el Adán más bonachón.

Por mi parte, aseguro que el tal pensamiento no es solo el dar brincos.—Esta sola causa haría muy poco honor al chirumen de la mujer civilizada, que será... lo que ustedes quieran, pero no tonta.

¡Qué diablo! entremos en el baile, en el de más *campanillas*, y echemos un vistazo en derredor, y aun cuando uno quiera figurarse á la mujer desprovista de toda tentación, ella nos demuestra lo contrario.

Como el estilo es el hombre, el baile es la mujer.

Reparad en esa esbelta morena, con la frente inclinada sobre el hombro de su pareja; mirad sus ojos de fuego velados por sus lánguidos párpados, sus labios entreabiertos, encendidas sus mejillas, palpitante el seno, flexible como un junco la cintura, y pisando el suelo apenas con las puntas de sus menudos piés.

La otra, rubia, de mirada tierna y hechicera boca, que se repliega nerviosa y con picante sonrisa cada vez que otra pareja la toca al pasar y la oprime contra su caballero.

Esa, pálida, de yerta fisonomía, que cierra los ojos en éxtasis siempre que la precipitan en el torrente impetuoso de algunos compases de *vals*.

Aquella, pequeña y ligera, de chispeante mirada, que busca á hurtadillas la de su acompañante cuando la mece, casi sobre su rodilla, en los bamboleos de una *schotisch*... y tantos y tantísimos

otros *ejemplares* que pasan ante vuestros ojos entre las confusas turbas de un salón de baile, ¿no os dicen en sus especiales actitudes que en todo piensan entonces menos en que van saltando?

Si no me llamaran cruel, haría una pregunta al marido *tolerante*.

¿No has notado alguna vez, al retirarte de un baile, que tu hermosa costilla está taciturna, áspera y desabrida contigo?

Como me vas á contestar que si, me tomo la libertad de explicarte ese fenómeno, aunque me llames entrometido.—Todo ese despego significa que has perdido mucho en la comparación que de tí ha hecho con los que en el baile la han acompañado; significa que le pareces feo, tonto y ridículo, aunque seas bello, discreto y elegante, porque... está probado que en las comparaciones que hacen las mujeres salen perdiendo los maridos, y en el baile se compara como en ninguna parte.

Pero, ¿á que cansarnos en traducir el pensamiento de la mujer en el baile, con deducciones más ó menos lógicas? ¿Hay más que consultarnos á nosotros mismos? La proximidad del hombre á la mujer, cuando con ella se baila, hace casi idénticas las *situaciones* de entrambos: si el primero se quema, no debe estar muy lejos del fuego la segunda.

Pues bien: el hombre busca siempre, para su pareja, la mujer de mejores formas, más amable y menos *escrupulosa*.

Lo que esto quiere decir, me excusa de lo que callo por respeto á vosotras, que, dicho sea de paso, me arañaríais de buena gana si me tuviérais á mano.

Pero sospecho que, por lo crudo de esta aseveración, sois capaces de recusar me por *apasionado*. Lo cierto es que pocos se han atrevido á hablar tan claro en ta nrevuelto asunto. Veamos si hallo una razón que no tenga vuelta.

El baile es una sociedad como otra cualquiera, regida por leyes especiales



y con sus costumbres propias.

Tratemos de formar con ellas un cuadro exacto y compendiado, de modo que de una sola mirada se aprecie el asunto en su verdadero valor; y con este objeto examinemos el salón, repararemos lo que los concurrentes hacen, y escribamos el resumen de nuestras impresiones.

Hele aquí:

«—El baile es una república en que no tienen autoridad ni derechos los padres y los maridos sobre sus hijas y mujeres respectivas. Estas pertenecen al público, que puede necesitarlas para bailar, al tenor de los siguientes dos preceptos:

*Deberes de la mujer:* Esta, sin faltar á la buena educación, no puede negarse al que primero la solicite.

*Derechos del hombre:* El hombre es dueño de elegir la mujer que más le guste, y, ya en la arena, puede estrecharla entre sus brazos; poner en íntimo contacto con ella, por lo menos, todo el costado derecho, desde la coronilla á los talones; pisarle los pies, romperle el vestido y limpiarle el sudor de la cara con las patillas, si no con el bigote, sin faltar á las leyes de la decencia; pues contando con la agitación y la bulla de la fiesta, no es posible establecer un límite á los puntos de contacto, ni amojonar el cuerpo para decir al hombre: «aquí no se toca».

*Nota.* Las anteriores prescripciones se observan rigurosamente, desde el hombre más feo y antipático, hasta la mujer más linda y exigente.»

Repárese que en la tal república, donde el hombre tiene *derechos* tan peregrinos, la mujer no tiene más que *deberes*.

Creo que esta fidelísima fotografía que acabo de hacer del baile, completa sobradamente mi propósito.

Una observación en honor del hombre culto.—No hay padre ni marido que repare en enviar sus hijas y su mujer al baile

pero la sociedad se escandaliza el día en que una soltera atraviesa sola, de acera á acera, la calle en que vive.

Fundándome en mejor lógica, establecería yo la siguiente:

«*Jurisprudencia:* Los padres y los maridos que proveen los bailes con sus hijas y sus mujeres, no tendrán derecho á las leyes de la justicia ni del honor, en los casos de agravio... de *mayor cuantía*; se les negará la sal y el fuego, y, con un cencerro al cuello, expiarán su estupidez... de baile en baile.»

Consignado así mi voto, no debo insistir en nuevas deducciones, y doy por acabada mi corta tarea.

Porque creo que se necesita mucho menos que sentido común para condenar el baile bajo el aspecto puramente estético, y no hay necesidad de que yo gaste tinta ni paciencia en ello.

Un hombre de frac y chistera, máxime si peina canas, y una mujer bonita, muy prendida y remilgada, dando brincos como dos salvajes de Mozambique, sudando el quilo y sacando la lengua de cansancio, solamente los puede uno soportar delante sin echarse á reír, cuando considera... que el fin justifica los medios.

Ahora bien: ¿por qué escribo yo esto? ¿Aspiro á la austeridad del anacoreta?

No tengo, desgraciadamente, tanta virtud: me gusta la carne más que las raíces.

Si en el baile encuentro un filón de verdaderas *gangas*, ¿por qué, en vez de procurar su destrucción, no le exploto callandito?

Veamos si mis lectoras, cuyos pies beso á pesar de lo dicho, hallan la respuesta en la siguiente.

#### MORAL DEL CUENTO

Yo he bailado también, pero preguntándome con horror á cada vuelta: ¿Me casaré yo algún día?



Y si me caso, ¿habrá *bailado* mi mujer?

¿Llegaré á tener hijas?

Y si las tengo, ¿dejaré que me las *bailen*?

Temiendo ser tan padre y tan marido como todos los demás, he escrito estos renglones: quiero tenerlos delante de los ojos cada vez que mi ceguera de marido y de padre vaya á hacerme merecedor del castigo á que condeno á todos los *mansos* del gran rebaño de la sociedad danzante.

## Patrón de la Semana

San Valentín, mártir

Había en Roma un subprefecto llamado Astero, hombre de buena fe, pero que padecía la ceguera de la idolatría.

Preso Valentín por confesar la fe de Cristo, Astero fué á visitarle en la cárcel y le dijo:—Pobre Valentín, vas á ser condenado á muerte, y he aquí que habrás pasado por el mundo sin que tu vida haya servido de nada.—Os engaños: mi vida sirve para iluminar almas, y Jesús, luz del mundo, puede utilizar hasta mi muerte en el martirio para hacer que en algunas almas brille el sol de la fe y se disipen las tinieblas en que hoy viven. ¿No veis, señor, que en el paganismo todo son obscuridades, todo es noche para el espíritu? Quien vino á disipar estas tinieblas fué Jesucristo, mi Maestro, mi Redentor, mi Dios, el cual dijo: «Yo soy la luz del mundo.»—Entonces tu Maestro Jesucristo, que es la luz del mundo, ¿podrá devolver la vista á una hija que tengo ciega?—¡Pues no ha de poder! Traedme aquí á esa hija vuestra. El santo hizo la señal de la cruz sobre los ojos de la ciega, invocó el nombre de Cristo y recobró la vista. El gentil Astero pasó á ser cristiano con toda su familia. Poco después Valentín recibía la corona del martirio.

(Del Novísimo Año Cristiano)

## Del folleto en prensa

“14<sup>a</sup> lección de periodismo”

La causa segunda (íba á decir principal) de la perdición *universal* es que los periódicos de excelente intención anuncien las obras del teatro verde, que son el 90 por 100 de las obras del día.

Para conocer si un periódico es ó no bueno, basta ver si anuncia ó no el teatro inmoral; en una palabra, si anuncia el teatro del día.

Los que lo anuncian diciendo que no recomiendan las funciones malas que estén incluidas en el anuncio, demuestran ignorar que el teatro chico está podrido y que apenas hay, por tanto, un 1 por 100 anunciante de funciones de ese género (el teatro *grande* ha fallecido; sólo falta enterrarlo entre las inmundicias de Echeagaray y de Dicenta).

Parece que al poner esas advertencias de *no recomendación ni reprobación* de lo que se anuncia, hay como un deber indirecto, algo que no sé cómo llamarlo, de aclararle al lector qué funciones buenas hay entre las anunciadas.

Esa parece ser la misión de la Prensa sana. Avisar: Esta noche se da en Lara “*La Mascota*” y advertir luego que ni se aprueba ni se desaprueba la obra, es dar alas al timorato lector, para que, si es ignorante de lo que es hoy el teatro chico, vaya á ver tan inmora-



lísima obra, por aquello de *en la duda, libertad*.

El anunciar 100 reuniones públicas de buen tono, en 100 casas, á tanto la silla, sabiendo que en el 90 por 100 de esas reuniones se va á cantar el *garrotín*, tiene del todo innegable que no es propagar honestidad.

Hay quien repite, quizás: Esos diarios dan noticia de los nombres de las funciones que se van á celebrar aquella noche, como dan la noticia de la caída de un muchuelo: para que se sepa que *pasa* aquello, no para que vayan.

Pues aquí está el peligro, digo yo: en no distinguir entre caída y caída.

La mayoría de los diarios que no son malos pero son impropios en esto, lo hacen por no hacer á la buena causa el daño de alejarse á sí mismo lectores. Yo les aseguro, que de cada 3 lectores suyos, 2 prefieren que no medien esos anuncios, ni con ni sin distingos, por preferir hacer guerra al teatro malo. omitiendo en absoluto su exhibición. El 1 por 3, de esos 3, restantes, lee, el diario bueno, de compromiso, y prefiere leer diarios de criterios más mnudanos que aquel, y no se le atraerá sin un prodigio.

Pasa con esto algo, parecido á lo que ocurre con algunos extremados en la moda, que se extreman en seguirla por temer que se burlen de ellos si no la siguen con exageración; sin ver que los únicos

que se reirían de ellos, si acaso, si no fuesen tan memos, serian 10 ó 12 *alteregos* (otros yoes), ó *tacón-altitos* que, lejos de burlarse del que no va como ellos, harto trabajo tienen con huir de las miradas de los muchos que les miran, con estrañeza, por las calles, sus estramboticidades más de una vez en en són de burla.

### ¡Que bailen que bailen! (1)

.....  
 ....y la orquesta seguía tocando alegre vals á cuyo animado compás aquellos viejos insensatos se entregaban á los placeres de la danza sintiendo correr en sus venas la misma sangre que en sus mocedades; habían olvidado sus trabajos, sus negocios, sus ambiciones, sus familias, sus deberes, su caracter de *prohombres* y hasta la *oreja de Jorge*, para concentrar todo su pensamiento, su imaginación, su energía en la niña que frenéticamente entre sus brazos estrechaban.

Niñas que por la mañana habian oспedado en su pecho la hostia santa, algunas por primera vez al lado de los serios y graves señores que ahora las aprisionan con bulliciosa algazara.

Las gentiles parejas fascinadas tal vez por los grandes focos que profusamente esparramaban su luz por todos los ámbitos del lujoso

(1) La escena pasa en una de nuestras capitales de provincia.



salón que al reflejarse en los brillantes de las señoras tomaban mil variados tintes; animadas por las armoniosas notas que arrancadas de los instrumentos por hábiles profesores atravesaban el tímpano llegando hasta el corazón y acelerando sus latidos, y sofocadas por la atmósfera vaporosa, fruto del lujurante aliento que de bocas bigotudas y de entre labios sonrosados salía caldeado, enardeciendo las frentes en donde el calor y las pasiones hacían germinar ideas impropias de cerebros cubiertos ya por níveas canas.

Entre las frases picarescas y maliciosas de los hombres se mezclaban las sonoras y alegres carcajadas femeninas.

Los mozos al lado de su adorado objeto estaban en su elemento. Los ancianos con la experiencia adquirida en mil iguales lances se lanzaban á la *conquista* y no de los santos ideales. Las niñas que empezaron ruborosas y tímidas, dominadas ya por el loco frenesí se entregaban sin resistencia. Las madres que hubieran movido los quicios del mundo si una mirada más ó menos indiscreta saliera de entre los párpados de sus hijas, fuera ya de sus quicios miraban con sonrisa triunfadora y de benévola complacencia como estas eran ceñidas por brazos masculinos.

¡El baile todo lo dispensa!.....

En las góticas bóvedas de la vecina catedral envuelta en las som

bras de la noche, se pierden las últimas ondas sonoras que del salón de baile llegan.

En una de sus capillas iluminada debilmente por una lámpara ya casi extinguida por falta de aceite, está Jesús Sacramentado, solo, olvidado hasta de los que se dicen adoradores que prefieren el baile ¡Que contraste! ¡cuanto puede fantasear la imaginación! ¡que conceptos forma el entendimiento! ¡como se eleva el espíritu! En el salón se derrocha luz,.... la capilla está casi invadida por la oscuridad; en aquél.... lujo, modernismo, pequeñeces,.... en esta, sencillez, magestad, grandeza. Lucifer vitoreado y seguido. Cristo despreciado y abandonado..

Al lado del sagrario hay dos angeles dorados, obra de célebre escultor, única compañía del Dios sacramentado en aquellos momentos.. Durante una de las últimas llameadas que da la lámpara antes de apagarse hubiera podido verse como uno de aquellos espíritus angélicos anima su semblante, se inclina ante su Dios y se dirige hacia la puerta que da salida á la iglesia; antes de llegar á ella hay un antiguo Santo Cristo cuyas llagas manan sangre. En una de ellas introduce nuestro ángel su dedo índice de la mano derecha, abre después sus alas y sale en rápido vuelo. La lámpara se apaga, las tinieblas llenan la iglesia fuera de la cual la lluvia cae como si el cielo llorara cual lloró la Dolorosa al



ver crucificado á su divino hijo.

¿Adónde va aquel espíritu?..... Cruza el espacio, penetra en el salón de baile en el que la orgía llega á su mayor apogeo y con su mano invisible empapada en la sangre del Salvador, escribe en una de las paredes, frente al sillón presidencial, estas palabras. **Mane, tectel, phares.**

En la ciudad una multitud agobiada y famélica trabaja para la destrucción de aquellos hombres que en el colmo del placer olvidan no solo su salvación eterna si no que tambien la material.

*Una bailarina arrepentida.*

---

## Casos y Cosas

---

Ha visitado nuestra redacción la publicación mensual "Nuestro Auxilio" que como órgano de la asociación de Maria Auxiliadora en Menorca ha empezado á publicarse en Ciudadela.

En nuestro concepto llena un vacío que hacía tiempo se sentía en nuestra isla.

Agradecemos el obsequio y deseamos de veras, como esperamos, sea fructífera su labor.

En uno de nuestros últimos números, copiándolo de "El Norte Catalán" hablamos de una obra inmoral titulada "El Conde de Luxemburgo" y recomendada por el funesto "Universo" de Madrid, sedicente órgano de la Junta de Acción católica en España.

En "El Bien Público" diario li-

beral de Mahón del dia 3 del presente febrero en la sección de *Espectáculos* se lee: «La próxima semana estreno de la bonita zarzuela: **Conde de Luxemburgo**».

Esta zarzuela *bonita* según "El Bien Público" ¿es moral ó inmoral? Dado el carácter de "El Bien Público" nada nos extrañaría que fuese inmoral. Lo que si nos extrañará es que si la *bonita* zarzuela anunciada por "El Bien Público" es inmoral, continúe recibíendose dicho diario en casas habitadas por familias que se indignan si se duda de su catolicismo, en centros recreativos con carácter de católicos y en ciertas casas rectorales,..... con cuyo dinero se sostiene el funestísimo diario mahonés, generador de OBRAS DE DIABLO, dinero reclamado á grandes voces por la prensa netamente católica de que tan desprovista está nuestra isla.

Creemos no decir ningún disparate al afirmar que el 80 por 100 de los *píos* suscriptores á "El Bien Público" no son suscriptores de ningún diario netamente católico.

Esto unido á la gran importancia concedida á la prensa de nuestros dias por el Romano Pontífice y los Obispos, ¿puede darse prueba más contundente y más persuasiva de la *fe viva*, de la *fe con obras* tan necesaria para la salvación eterna, de los *píos* suscriptores á "El Bien Público"?

R.